



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTHAE*

La fidelidad a Dios no se negocia

Lunes 18 de noviembre de 2013

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 22 de noviembre de 2013

Existe una insidia que recorre el mundo. Es la «globalización de la uniformidad hegemónica» caracterizada por el «pensamiento único», a través del cual, en nombre de un «progresismo adolescencial», no se duda en negar las propias tradiciones y la propia identidad. Lo que nos debe consolar es que, sin embargo, ante nosotros está siempre el Señor fiel a su promesa, que nos espera, nos ama y nos protege. En sus manos iremos seguros en todo camino. Es ésta es la reflexión propuesta por el Papa Francisco el lunes 18 de noviembre. Concelebró con él el arzobispo Pietro Parolin, secretario de Estado, que ese día iniciaba su servicio en el Vaticano.

El Pontífice comenzó su reflexión comentando la lectura tomada del primer libro de los Macabeos (1, 10-15; 41-43; 54-57; 62-64), «una de las páginas más tristes de la Biblia», dijo, donde se habla de «una buena parte del pueblo de Dios que prefiere alejarse del Señor ante una propuesta de mundanidad». Se trata, indicó el Papa, de una actitud típica de la «mundanidad espiritual que Jesús no quería para nosotros. En tal medida que había orado al Padre a fin de que nos salvase del espíritu del mundo».

Esta mundanidad nace de una raíz perversa, «de hombres malvados capaces de una persuasión

inteligente: “Vayamos y pactemos con las naciones vecinas. No podemos estar aislados” ni anclados en las viejas tradiciones. “Pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias”». Este modo de razonar, recordó el Papa, se consideró tan bueno que algunos «tomaron la iniciativa y acudieron al rey, a tratar con el rey, a negociar». Esos, añadió, «estaban entusiasmados, creían que con esto la nación, el pueblo de Israel se convertiría en un gran pueblo». Ciertamente, destacó el Pontífice, no se plantearon el problema si sería más o menos justo asumir esta actitud progresista, entendida como un ir adelante a toda costa. Es más, decían: «No nos cerramos. Somos progresistas». Es un poco como sucede hoy, indicó el Obispo de Roma, con la afirmación de lo que definió como «el espíritu del progresismo adolescente» según el cual, ante cualquier opción, se piensa que sea justo en cualquier caso ir adelante más bien que permanecer fieles a las propias tradiciones. «Esta gente —prosiguió el Papa volviendo al relato bíblico— trató con el rey, negoció. Pero no negoció costumbres... negoció la fidelidad al Dios siempre fiel. Y esto se llama apostasía. Los profetas, en referencia a la fidelidad, la llaman adulterio, un pueblo adúltero. Jesús lo dice: “generación adúltera y malvada” que negocia una cosa esencial al propio ser, la fidelidad al Señor». Tal vez no negocian algunos valores, a los cuales no renuncian; pero se trata de valores, indicó el Pontífice, que al final están tan vacíos de sentido que quedan sólo como «valores nominales, no reales».

Pero de todo esto luego se pagan las consecuencias. Refiriéndose al relato bíblico el Pontífice recordó que se acomodaron «a las costumbres de los gentiles» y aceptaron la orden del rey que «prescribe que en su reino todos formen un solo pueblo y que cada uno abandone las propias costumbres». Ciertamente no se trataba, dijo el Papa, de la «hermosa globalización» expresada «en la unidad de todas las naciones» que, sin embargo, conservan las propias costumbres. Aquella de la que se habla en el relato es, en cambio, la «globalización de la uniformidad hegemónica». El «pensamiento único fruto de la mundanidad».

Tras recordar las consecuencias para esa parte del pueblo de Israel que había aceptado el «pensamiento único» y se había dejado llevar por gestos sacrílegos, el Pontífice destacó que actitudes similares se registran aún «porque el espíritu de la mundanidad también hoy nos lleva a este querer ser progresistas, al pensamiento único».

Negociar la propia fidelidad a Dios es como negociar la propia identidad. Al respecto el Papa recordó el libro «Señor del mundo» de Robert Hugh Benson, hijo del arzobispo de Canterbury Edward White Benson, que habla del espíritu del mundo y «casi como si fuese una profecía, imagina lo que sucederá. Este hombre, se llamaba Benson, se convirtió luego al catolicismo e hizo mucho bien. Vio precisamente el espíritu de la mundanidad que nos lleva a la apostasía». También a nosotros nos hará bien, sugirió el Papa, pensar en lo relatado por el libro de los Macabeos, en lo que sucedió, paso a paso, si decidimos seguir ese «progresismo adolescencial» y hacer lo que hacen todos.

Lo que nos debe consolar, concluyó el Pontífice, es que «ante el camino marcado por el espíritu del mundo, por el príncipe de este mundo», un camino de infidelidad, «siempre permanece el Señor que no puede negarse a sí mismo, el fiel. Él siempre nos espera» y está dispuesto a perdonarnos, incluso si hacemos algún pequeño paso por este camino, y a tomarnos de la mano así como hizo con su pueblo dilecto para llevarlo fuera del desierto.